HAEREDITATEM
(Saga Ariel Bloom II)

Javier Cobo García

HAEREDITATEM

(Saga Ariel Bloom II)

Javier Cobo García

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2022
© Javier Cobo García2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-04-5
IBIC: FF

SAGA ARIEL BLOOM:

1 – CISMA

2 - HAEREDITATEM



Ilustración: Raquel del Río Hermoso

Estos momentos, por fugaces que sean, nos atestiguan.
Son los testigos silenciosos de una razón a punto de pasar;
No puedo dejar de admitir, ignorando descuidadamente la finitud de la vida,
que estoy llena de miedo y preocupación... y de tanta vergüenza a causa de ello.

Bueno, todo lo que veo, sí, todas las imágenes están borrosas...
Es difícil adivinar el futuro en el mundo miope.
¿Cómo debería ignorarse a la ligera esta simple desventaja?
Considerando la espantosa ceguera con la que nací.

Deberíamos haberlo hecho, pero aquí nunca celebramos nada,
y escucho que los muertos están gritándome:
«la tristeza acecha en las horas más oscuras ... ¡justo antes del amanecer!».

Anna-Varney Cantodea

Éramos imparables. No nos importaba nada.

El sol iluminaba su cara, y estaba guapísima. Me sonreía, y me miraba con esos ojos... Podía perderme en ellos.

No nos importaban las horas de viaje, ni nada de lo que había pasado... Estábamos juntas.

—Pero nunca llegasteis a vuestro destino.

20 de septiembre

Una voz interrumpió su relato. Era suave, tranquilizadora. Ariel la miró. A través de los cristales de unas limpísimas gafas se distinguían unos ojos cansados. Eran las seis de la tarde, y la luz penetraba suave a través de unas cortinas de seda blanca, posándose sobre las estanterías, y dotando de un cálido color a los diversos libros que descansaban en los estantes: Historia de España, un par de tomos de psicología, narrativa del siglo pasado... Alguna que otra figurita de porcelana la observaba desde aquella privilegiada posición.

Sobre una alfombra que parecía tejida a mano se situaban dos sendos sillones ahora ocupados por dos personas que, a priori, no podían ser más distintas. En el lado izquierdo de la sala, la prestigiosa psicóloga Esperanza Fernández, una mujer de cerca de sesenta años, vestida con la camisa mejor planchada que nunca nadie había visto, unos pantalones que parecían no haberse arrugado jamás, y un chal cubriendo sus hombros. Toda ella parecía seguir un mismo patrón, una gama cromática exquisitamente diseñada para conseguir tranquilizarte sólo con un vistazo rápido.

Frente a ella, Ariel Bloom, inspectora de policía, conocida por la mayoría por haber sacado a la luz los crímenes de la secta de los Carmelitas de la Santa Faz.

Los medios de comunicación habían encontrado en ese caso un caramelo, y lo habían chupado hasta comerse el envoltorio.

La cara de Ariel era ya familiar para muchas personas que habían visto el telediario durante el mes de julio de ese año, aunque probablemente, ahora serían incapaces de ni tan siquiera adivinarla: su pelo había crecido sin ningún tipo de control, tapándole parte de los ojos,

siempre enrojecidos, bajo los cuales se habían posado unas ojeras que se antojaban eternas; su piel había palidecido hasta unos niveles enfermizos, y su voz sonaba rota. Vestía unos pantalones vaqueros que había encontrado en el armario. Estaban arrugados, al igual que su camiseta, en la cual era difícil distinguir el dibujo. Era la primera vez en meses que no llevaba chándal, y se sentía extraña.

—No, nunca llegamos —respondió.

—¿Por qué, Ariel?

La voz de la psicóloga sonaba suave. Ariel estaba incómoda. No le gustaba expresar sus sentimientos en voz alta.

—Discutimos.

—¿Por qué?

—Llevábamos varias horas viajando. Yo estaba cansada, nerviosa...

—¿Y qué pasó?

—Me vine abajo. —Sus ojos se humedecieron—. Pensé en Alejandro. El mundo se me vino encima. Sentí como un pinchazo en el corazón.

—¿Fue eso lo que desencadenó la discusión?

—No lo sé... Yo... no quería que ella se diese cuenta de cómo estaba, y me aguantaba las lágrimas, pero... no se callaba... No era capaz de callarse. Parecía que ya se había olvidado de todo, y ni siquiera había pasado un día. Yo no era capaz de escucharla, sólo estaba intentando controlarme... Budy empezó a ladrar... y yo no podía más. Necesitaba salir de ese coche.

—¿Y qué hiciste? —La psicóloga anotaba en una libreta roja frases sueltas.

—Grité. No lo pude controlar. La grité.

—¿Qué le dijiste?

—Bueno... no lo recuerdo exactamente...

—Haz un esfuerzo.

—Le dije algo como... ¿puedes callarte de una puta vez? No sé qué me pasó... Necesitaba soltarlo... pero no podía controlarme... De

pronto, no podía parar de decirle cosas horribles... cosas que ni siquiera pensaba...

—Pagaste tu ira con ella... A veces nos desahogamos con nuestros seres queridos porque tenemos confianza... pero eso no está bien.

La psicóloga miró a Ariel a los ojos. Estaba aguantándose las lágrimas.

—Zoe... estaba en *shock*... Había frenado el coche y se había quedado mirando a la carretera.

—¿Qué dijo?

—Sólo dijo: «Esto ha sido un error».

—¿Qué hicisteis después?

—Llevó el coche hasta un área de servicio, sacó sus maletas y pidió un taxi. Me dijo: «Ojalá puedas ser feliz algún día» y se fue.

Una lágrima se dibujó en su mejilla. Ariel la limpió con su mano.

—Bien Ariel, creo que has hecho bien en venir. —Dejó la libreta en un estante cercano—. Tenemos mucho que trabajar. Es evidente que eres una persona reservada, y está claro que la muerte de tu compañero y la ruptura de tu relación, una relación muy intensa, han sido el cóctel perfecto para crear el estado en el que te encuentras hoy. Te voy a recomendar que nos veamos dos veces por semana, y quiero que sepas que puedes llamarme si lo necesitas a cualquier hora.

—Gracias...

—Nos vemos dentro de dos días a la misma hora, ¿de acuerdo? —Ariel asintió, y la psicóloga le dedicó una sonrisa—. Te acompaño a la puerta.

Se despidieron de forma cordial. Cuando se cerró la puerta, Ariel se quedó unos instantes pensativa, observando el rellano. El edificio era viejo, y las paredes estaban cubiertas con mármol. Cada sonido, por mínimo que fuese, se intensificaba, creando un eco claustrofóbico. Decidió usar el ascensor. Bajó en él mirando su reloj. Quedaban escasos veinte minutos para que su autobús saliese.

Abrió la puerta que daba a la calle, y una algarabía la desorientó. Las calles de Burgos estaban llenas de gente que aprovechaba esos últimos días de verano. Avanzó por una calle hasta llegar a la plaza

Mayor. Un montón de críos jugaban con patinetes eléctricos mientras sus padres y madres se tomaban un café en las cafeterías cercanas.

Mucha gente caminaba con bolsas de tiendas de ropa, y aún vestían prendas típicas de meses más calurosos. Observó a una pareja: un chico moreno y una chica rubia. Juntos parecían el *ying* y el *yang*. Compartían un helado entre besos y risas, y se fotografiaban con el móvil.

Ariel se refugió en sus auriculares y se dirigió a la estación de autobuses. Una vez allí se sentó en un banco mientras veía cómo la gente corría temiendo perder el viaje, cómo discutía por los asientos o cómo preguntaba al personal tonterías.

Cuando llegó el conductor, le mostró el billete sin mediar palabra.

El bus era viejo, y estaba destartalado: las fundas de los asientos estaban rotas y con quemaduras, las ventanas tenían arañazos y los respaldos estaban llenos de chicles. Se recostó en el asiento, y subió el volumen de la música. *Polígrafo bakarra*, de Berri Txarrak. Y es que esa había sido su esperanza, su lema durante esos meses. El tiempo es el único polígrafo.

Cerro los ojos, y el autobús comenzó a moverse.

Como todo el mundo
elijo mi máscara antes de salir a la calle,
me apego a la distorsión para hacer oídos sordos
a las preguntas en mi interior
o para responderlas todas de un solo golpe.
El tiempo es el único polígrafo,
lo demás son conjeturas

***

Cuando llegó a Aranda ya comenzaba a anochecer. La gente que quedaba en el autobús se peleaba por ver quién salía antes. Ella permaneció sentada, impasible, contemplando aquel patético espectáculo.

Unos minutos después, logró pisar suelo firme. La estación de autobuses era fea y decadente, y así se sentía también ella. Comenzó a caminar camino a casa, sin quitarse los auriculares. Para ella esa era su vía de escape.

Tenía que atravesar el puente de la ciudad, y eso significaba cruzarse con gente, e incluso tener que establecer algún tipo de contacto gestual o visual con ellos. Esa idea la asqueaba. Al pasar al lado del hospital aceleró el paso, y no lo redujo hasta llegar a la puerta de su casa. Introdujo torpemente la llave en la cerradura y empujó. La madera emitió un chirriante sonido, precedido por una breve calma, solo interrumpida por los ladridos de Budy, su perro, que esperaba ansioso a su amiga. Se lanzó corriendo escaleras abajo y comenzó a lamer la cara de Ariel mientras esta le acariciaba.

—¿Qué tal ha ido? —Su madre la observaba desde las escaleras.

—Bien.

—¿Qué te ha dicho?

—Mamá, no me apetece hablar de esto.

—Sólo quiero ayudarte.

—Pues yo no quiero que me ayudes, ¡joder! ¡No puedes! —gritó, tan fuerte que su garganta se quebró al acabar la frase.

Le puso la correa a Budy, salió de casa y cerró de un portazo. Fuera echó a correr sin rumbo mientras su perro la seguía con cara de no entender nada. Llegó a la iglesia de San Juan. Se sentó mirando al frente. El cielo se había teñido de morado con los últimos rayos de sol del día. Rompió a llorar.

***

Cenó poco. Sentía arcadas con cada bocado de comida. Apenas llego a ingerir tres uvas antes de irse a la cama. Su madre no sabía qué hacer. Estaba desesperada por ayudar a su hija, pero sentía que se estaba perdiendo en un pozo de tristeza que cada vez se hacía más y más profundo y del que pronto le sería imposible salir.

Esa noche Ariel durmió abrazada a Budy. El *cavalier* dormitaba ajeno a cualquier tipo de drama, y con cada respiración, irradiaba un olor reconfortante.

Ella tomó una pastilla sin ni tan siquiera beber agua, y aun así pasaron horas hasta que consiguió dormir.

***

—Ariel...

Estaba rodeada de barro. Los pies se hundían en aquel lodazal. A su alrededor sólo había lluvia, y no podía ver nada. De pronto, una mano le agarró el tobillo. Se giró precipitadamente para ver qué era aquello. Alejandro suplicaba por su ayuda desde el suelo, que se abría formando un agujero negro. Pronto unas hendiduras comenzaron a cerrarse a su alrededor. Eran dientes. Escuchó la risa de Coruggio. Miró a Manjón, que lloraba, e intentó agarrarle las manos. El agujero se cerró arrancándoselas de cuajo. Ariel sujetaba la mano de su amigo, y gritó horrorizada.

Abrió los ojos. Estaba empapada en sudor. Buscó a tientas su móvil en la oscuridad para mirar la hora; aún eran las seis de la mañana. Se arrastró desde la cama hasta el suelo, y salió de la habitación procurando no hacer ruido. Era imposible en su casa. Se sentó en el salón y encendió la televisión. Repetían los capítulos de alguna serie de los noventa. Cambió de canal en busca de dibujos animados, y cuando los encontró, se quedó mirando fijamente a la pantalla.

Un rato después sus ojos se volvieron a cerrar.

***

A las nueve de la mañana su madre la despertó. Le comunicó que había hecho café, y Ariel se dirigió a la cocina. Miró su móvil. Cero mensajes. No tenía amigos. No tenía a nadie. La perspectiva de un nuevo día se le antojaba insoportable dentro del tedio que era su vida. No tenía ganas de leer, de cantar, de escribir... Tampoco tenía ganas de comer ni de dormir.

Hacía días que los pantalones le quedaban anchos y las camisetas le caían de más. Sus costillas habían tomado protagonismo cuando se miraba frente al espejo, y las ojeras crecían sin parar.

Bebió un poco de café e hizo un esfuerzo sobrehumano para ingerir una galleta. Poco después se dirigió a la ducha.

Se desnudó con desgana y se quedó un rato observando su reflejo. Su piel se había vuelto tan blanca que casi se podía ver a través de ella. Se metió en la bañera y dejó que el agua mojase su cabello. Al echarse champú se hizo daño, pues los nudos de su pelo cada día eran mayores y, por ende, los tirones cada vez que intentaba lavarlo o peinarlo.

Se quedó más de media hora bajo el agua. Cuando notó las yemas de sus dedos arrugadas se decidió a salir. Se envolvió en una toalla, se sentó en el suelo, y se quedó allí sin hacer nada, mirando la puerta. Su móvil se iluminó, y se abalanzo sobre él. Era una boba notificación. Le quedaba poca memoria. Entró en WhatsApp y buscó a Zoe. Observó su foto de perfil. Sonreía. Estaba en línea. Las manos le temblaban. Comenzó a escribir. «Hola». Borró el mensaje.

***

—¿Qué es lo que sientes? —La psicóloga la observaba detenidamente.

—Nada. No siento nada.

Ariel estaba de nuevo frente a ella. Vestía una camiseta de su equipo de fútbol y un pantalón vaquero. Se había intentado peinar,

pero el resultado había sido desastroso. Tenía las uñas mordidas, y evitaba el contacto visual.

—No sentir nada es muy difícil. Somos seres vivos. Las emociones forman parte de nuestra vida. Seguro que estos días has experimentado todo tipo de emociones.

—Odio.

—¿Hacia qué? —Esperanza anotó en la libreta roja.

—Hacia mí. Me odio.

—¿Por qué te odias?

—Me doy asco. No soporto mi forma de ser. No soporto mi forma de vivir. Odio cada palabra que sale de mi boca... cada acto que he cometido... Me odio. Me odio por haberla perdido. —Ariel contuvo una lágrima.

—¿Y si eso era lo mejor? Quizá necesitéis un tiempo las dos. Quizá necesites ser la persona que quieres ser.

—La perdí... porque soy una imbécil.

—No, Ariel. No te trates así. No puedes entrar en ese círculo de destrucción, porque es muy difícil salir de él.

—Ahora mismo... me daría igual morir. Cerrar los ojos y no despertar.

—¿Y tu madre?

—Lo pasaría mal unos meses... pero luego lo superaría. No soy nadie.

—Eres alguien, Ariel. Alguien muy importante para mucha gente. Entiéndelo. —Apartó las gafas de su rostro y las limpió delicadamente con una gamuza—. Necesitas distraerte. Tienes que intentar salir de casa... Quedar con amigos.

—No tengo amigos. —Fue cortante—. Nunca he tenido.

—¿Por qué?

—Me llamaban rara. Se reían de mí. Nunca se me ha dado bien encajar en la sociedad... desde pequeña.

—Hemos tocado un punto muy importante a tratar. Tenemos que seguir trabajando, Ariel... Nos queda mucho camino. ¿Podemos vernos este lunes a las cinco y media? —Ariel asintió—. Perfecto.